



Nº. 7-8, diciembre de 1992. Reencuentro judeo-árabe – 500 años después

- La coexistencia árabe-judía en Israel, p. 130
- Oz, Amos. Discurso de recepción del Premio de la Paz 1992, pp. 131-134
- Habiby, Emile. Discurso de recepción del Premio Israel 1992, pp. 135-136
- Amijai, Yehuda. Dis se apiada de los niños del jardín de infantes, p. 137
- Guri, Jaim. Herencia, p. 138
- Jonathan, Natan. Otro poema sobre Absalón, p. 139
- Sivan, Arie. Tras cien años en la tierra, p. 140
- Zaj, Natan. Arrepentimiento, Poema para Guni, p. 141
- Muhamad Ali, Taher. Complicaciones post-operatorias después de una operación de extirpación de la memoria, p. 142
- Araydi, Naïdi. Cruce de caminos, Muchos nombres tiene la tierra, p. 143
- Araydi, Naïdi. Yo soy un levantino, p. 144-145
- El Qasim, Samih. Lecturas de versículos de amor (fragmentos), pp. 146-147
- Aguinis, Marcos. Salutación improvisada ante escritores árabes y drusos de Israel, pp. 148-149



La coexistencia árabe-judía en Israel

Quinientos años después, también volvieron a reencontrarse poetas, narradores, ensayistas y filólogos creadores de cultura judía y árabe. Esta vez volvieron a reencontrarse en Israel.

*EL Coloquio Internacional “Reencuentro de Sefarad e Iberoamérica en Israel” organizó dos sesiones especialmente para retomar el diálogo judeo-árabe con la participación de escritores de España, América Latina e Israel. Al primer diálogo aceptaron participar, en una tertulia sabática del Seminario de Estudios Judeo-Arabes **Guivat Javiva**, los siguientes intelectuales: Eretz Biton (Presidente de la Asociación de Escritores Hebreos de Israel), Ehud Ben Ezer, Samih El Qasim, Taher Muhammad Ali, Natan Zaj, Nabih El Qasim. En reciprocidad, la Asociación de Escritores Arabes de Nazareth retribuyó al Coloquio Internacional un almuerzo y diálogo en Acco donde participaron, entre otros, Emile Habiby (Premio Israel de Literatura 1992), Naïm Araydi, Ibrahim Malik y el académico israelí especializado en literatura islámica, Prof. Sasson Somekh.*

Se dieron cita, casi informalmente, escritores de estéticas, estilos y tradiciones muy variados, interesados en conocer lo que el otro escribía. Pero la verdadera curiosidad del encuentro, sin haber sido admitida por nadie, fue demostrar(se) –una vez más– que la fecunda coexistencia de Al Andalus pudo y debía seguir siendo posible en la tierra de las tres culturas.

Los poetas latinoamericanos y los israelíes –árabes, drusos y judíos–, a pesar de la diferencia idiomática, contaron sus historias literarias, intercambiaron libros y se llevaron el único poema que no requería traducción porque fue forjándose en común: la amistad.

NOAJ se honra en ofrecer a sus lectores al menos algunos textos de los escritores israelíes, que se dieron cita en ese encuentro, y también de aquellos otros, como Amos Oz o Yehuda Amijai, que no pudieron estar presentes con nosotros y sintieron mucho su involuntaria ausencia de este singular reencuentro, 500 años después. Agradecemos a Naïm Araydi, que seleccionó los textos de poesía árabe y drusa, y a Mishkenot Sha'ananim que autorizó la versión española de textos leídos en el Primer Festival Internacional de Poesía en Jerusalem.



Discurso de recepción del Premio de la Paz 1992

131

Amos Oz

“**E**DIFICARAN casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán su frutos... El lobo y el cordero apacentarán juntos, y el león comerá paja como el buey... No afligirán ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Dios” (Isaías LXV: 21-25).

Así es la paz celestial. No debemos dejar de esperar su llegada, pero tampoco debemos sentarnos a aguardarla en la inacción.

Por contraposición con la paz celestial, existe también en la Biblia una paz terrena, práctica. Así dice Abraham a su sobrino Lot: “No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra ante ti? Te ruego que te apartes de mí; si fueres hacia la izquierda, yo iré a la derecha; y si vas a la derecha, yo iré a la izquierda”... (Génesis XIII: 8-9).

Creo que la separación es la forma que reviste una paz accesible en este mundo tan imperfecto: la preservación de la hermandad y la definición de nuestros lugares, unos junto a los otros.

Pero mientras seguimos anhelando la paz eterna y la unión plena, debe actuar dentro de nuestras limitaciones humanas para alcanzar conciliación. Una conciliación y no el amor.

Hace 144 años se congregaron en esta iglesia 500 personas para instituir una Alemania democrática. Si lo hubieran logrado, no sólo el destino de Alemania en particular y de Europa en general habría sido diferente; también el de los judíos y el de mi familia habría sido otro.

Mi familia dejó Europa del este a comienzos de los años 30 en dirección a Jerusalem, con una herida que nunca cicatrizó. Los miembros de mi familia se sentían europeos, pero en Europa eran considerados indeseables ciudadanos cosmopolitas. Entre sí hablaban en ruso y en polaco; por razones culturales leían en alemán y en inglés y soñaban en idish, pero a mí sólo me enseñaron hebreo.

Tal vez fue por miedo a que yo cayera preso del hechizo fatal de Europa, en la que en realidad habían sido denostados y perseguidos por las olas de antisemitismo. Sin embargo, durante mi infancia mis padres solían decirme que “llegaría el día en el que Jerusalem sea una ciudad de verdad: un río la cruzará, una catedral habrá de erguirse en su centro y tupidos bosques la rodearán”. En sus voces resonaban el dolor y la nostalgia por Europa.

El prestigioso Premio de la Paz instituido por la industria editorial de Frankfurt fue otorgado en 1992 al novelista y ensayista israelí Amos Oz, en reconocimiento a su obra literaria y a su actividad pública. Amos Oz (1939) es autor, entre otros, de *Mi Mijael*, *Las tierras del chacal*, *Una paz perfecta*, *Caja negra*, *Conocer mujer*, *Tocar el agua*, *tocar el viento*.

Premio de la Paz 1992

Hoy sé que aquel era un amor no respondido ni correspondido porque cuando mis padres se sentían europeos (en los años 20 y 30), los europeos se consideraban pangermánicos, o paneslavos, o patriotas búlgaros. Los europeos de Europa eran, en su mayoría, judíos como mi familia.

El surgimiento del Israel moderno fue, entre otras cosas, consecuencia del doloroso reconocimiento que anidaba en el corazón de muchos judíos: incluso las relaciones entre huéspedes y anfitriones pueden en ocasiones dar lugar a vínculos estrechos y creativos; y debían marcharse, volver a su hogar y reconstruirlo.

Tenían la esperanza de levantar su hogar sobre las bases de la paz y la justicia, pero el exterminio masivo de los judíos de Europa, el sangriento conflicto con los árabes y la trágica confrontación con los palestinos frustraron a los fundadores y enajenaron sus sueños. Una paz justa y duradera puede brindar la oportunidad de empezar de nuevo. La razón que me lleva a conjurar estos espíritus del pasado radica tanto en mi tarea literaria como en mi actividad en pro de la paz. Encuentro una fuente de inspiración en ese pasado del cual les he hablado; sin embargo, no creo que debamos permitir que el pasado se aferre a nuestras vidas y las domine. Me opongo al imperio del pasado, sea cual fuere.

Los sentimientos que me embargan en este día y en este lugar son intensos y ambivalentes: un judío en la iglesia; un israelí en Alemania; un pacifista que ha luchado dos veces en el campo de batalla, profundamente convencido de que la guerra no es la encarnación del mal, sino la sumisión a la agresión.

¿Qué temas debemos debatir en conjunto judíos y alemanes? Uno de ellos es nuestro pasado, nuestros padres y abuelos; el otro es el futuro. La cultura europea y la judía convivieron durante un largo período. Este matrimonio fue destruido por un crimen horrendo, pero dejó algo detrás de sí: genes europeos en nuestra cultura, y genes judíos en la vuestra.

Amos Oz

No se trata sólo de espíritus; éstos son los genes que en el futuro habrán de brindar un trasfondo común para una creación compartida. No he de emplear el término "normalización". En lo que confío es en el fortalecimiento de nuestro diálogo, incluidas las sensaciones de dolor y miedo, y aquel amor no correspondido.

Evitar la adición a la historia y sus venenos no consiste en verla como un cúmulo de hechos o una montaña de recuerdos agobiantes, sino en su percepción como un campo de investigación y en su posible uso para construir el futuro.

Cuando veo los ataques contra los refugiados en Alemania —y soy consciente de que en los últimos tiempos Alemania ha acogido más refugiados que cualquier otro país de Europa occidental— soy plenamente consciente de que el racismo y el fanatismo existen también en otros lugares. No es ésa la cuestión. La pregunta que surge es dónde están todos esos alemanes que deberían salir en estos días a la calle para defender a su patria del racismo y el fanatismo.

El fuego de Säckesshausen estaba tal vez destinado a atizar los fuegos del pasado; pero no fue el pasado lo que ardió allí, porque el pasado —ni el vuestro, ni el nuestro— no puede arder. El presente de Alemania fue encendido en Säckesshausen, y ese incendio amenaza su futuro.

Vosotros, alemanes, debéis enfrentaros con vosotros mismos. Una vez más debéis defender a Alemania de los alemanes.

¿Cómo podremos, a pesar de todo, obtener algo del pasado? ¿Qué pude hacer por nosotros hoy en día el recuerdo de Auschwitz, más allá de la memoria del miedo, el dolor, el duelo, la congoja y el silencio?

Quizás, entre otras cosas, ese recuerdo pueda contribuir a crear la conciencia de que el mal aún pervive y tiene vigencia. No persiste tal como ocurren los accidentes ni como un fenó-

meno burocrático sin rostro ni imagen, ni tampoco como un dinosaurio reconstituido en un museo.

El mal es una opción perpetua, a nuestro lado y dentro de nosotros. No residen en algún lugar indeterminado; nos acecha desde adentro, a veces arteramente encubierto en la entrega al idealismo y la consagración a una idea.

Como escritor y activista político me digo una y otra vez que la distinción entre el bien y el mal es relativamente sencilla, y que la distinción moralmente correcta se da entre los tonos de gris; circunscribir el mal y evaluar sus gradaciones; distinguir entre lo malo, lo peor y lo pésimo. Aun antes del surgimiento de *Paz Ahora* en 1977 me sentía comprometido con el movimiento israelí por la paz, que no es un movimiento pacifista ni tampoco producto de los años '60 como a los de Europa y los EE.UU.

La Ribera Occidental y Gaza no son Vietnam ni Afganistán: Israel no es Sudáfrica, y la relación del conflicto árabe-israelí con los conflictos imperialistas y colonialistas es ínfima. El movimiento israelí por la paz es la expresión del rostro humano del sionismo y del universalismo del judaísmo.

Dos veces en mi vida –1967 y 1973– combatí los horrores de la guerra. Aún sigo sosteniendo que no se puede acabar con la agresión sometiéndose a ella, que sólo hay dos razones que justifican el combate –la vida y la libertad– y que volveré a luchar por mi vida y mi libertad si estuvieren amenazadas. Pero nunca lucharé por “derechos ancestrales”, “espacio vital”, “preservación de fuentes de recursos” o cualquier maniobra que se escude en los “intereses de la nación”.

El conflicto entre Israel y los palestinos es una trágica confrontación entre reclamos justos. La tragedia puede ser resuelta con la destrucción total de una de las partes, o de ambas a la vez, pero puede también llegar a un desenlace por la vía de una conciliación triste y dolorosa en la que cada uno obtiene menos de

lo que desea, y que no brinda a cada una de las partes la felicidad, sino el cese de la matanza. La vida. Los palestinos obtendrán la independencia y la seguridad en una parte del país, e Israel vivirá en paz y seguridad en la otra. La conciliación –partición y separación– es una buena oportunidad para una pacificación gradual, para la interrupción de la carrera armamentista, para la creación de un mercado común, para la cicatrización de las heridas.

¿Existe algo que un escritor conozca mejor que un programador de computación o que un político? ¿Qué es lo que alimenta esa expectativa de que la literatura marque hitos, y que el escritor cumpla la función de conciencia social?

Cuando uno escribe un cuento se pone, si no en la piel de los demás, por lo menos en sus zapatos. Uno debe imaginar todo el tiempo que es el otro, o la otra. Uno da vida a personajes cuyos puntos de vista son muchas veces contradictorios, y lo hace identificándose en la misma medida con cada uno de ellos con la misma pasión, y a veces con la misma compasión.

Todo esto aguza la capacidad emocional e intelectual para distinguir la multiplicidad de puntos de vistas, la vigencia y justificación de los contrastes con respecto a un mismo asunto. Otra de las “cualidades” del escritor radica en sus relaciones de proximidad con el idioma; una persona que se ocupa la mitad de su vida de examinar verbos y raíces con una minuciosidad torturante, es posible que esté provista de la capacidad de detectar tempranamente la corrupción del lenguaje.

Resulta superfluo añadir que la corrupción del lenguaje es a veces la proclamación de la desgracia por venir. Cuando se define a ciertos grupos de la población como “elementos negativos” o “parásitos”, la actitud hacia ellos se tornará más tarde o más temprano ofensiva e inhumana.

Los escritores pueden ser los detectores de fuego del idioma; tal vez también su “brigada antiincendios”. Son los primeros

en percibir las expresiones de deshumanización, y cada vez que éstas resuenan en sus oídos o que sus aromas les penetran por la nariz, están obligados a gritar "¡Fuego!".

Los escritores son especialistas en la selección y la combinación de las palabras. Creo que la elección de palabras es una opción moral. Todos sabemos que las palabras pueden matar y, en menor medida, en algunas ocasiones pueden también curar.

Este es, pues, el dilema que surge ante mí: ¿qué debe hacer un hombre de palabras cuando su vida transcurre tan próxima a la injusticia, los prejuicios y la violencia? ¿Qué debe hacer cuando sólo dispone de su pluma y su voz, y cuando un imperativo básico le exige no conformarse con la detección, desciframiento y descripción de la injusticia política, sino combatirla? ¿Cómo debe compartirse al cumplir con sus obligaciones cívicas para preservar su integridad artística?

Todo lo que puedo compartir con ustedes en mis intentos por hallar las respuestas a estos interrogantes, es mi búsqueda inconsecuente de una conciliación. Cada vez que estoy totalmente de acuerdo conmigo mismo en algún aspecto, no escribo cuentos. Escribo un artículo muy enérgico en el que exijo a mi gobierno que se conduzca de determinada manera, en determinada dirección (aunque no me hagan caso).

Pero cuando descubro en mí más de un argumento, y oigo en mi interior más de una voz, puede suceder que esa multiplicidad de voces sea el punto de partida de un cuento que se está gestando. Escribo cuando puedo ir en pos de exigencias y argumentos diferentes y contradictorios, representantes de posturas y conflictos emocionales.

Cuando la brisa vespertina pasea por las colinas del desierto en penumbra, uno toma la pluma y retoma la escritura. Uno trabaja como un relojero avejentado, con la lupa en los ojos y la pinza en la mano, examinando a contraluz un adjetivo, sus-

tituyendo un adverbio, ajustando un verbo y reubicando en su lugar una palabra que se había deslizado.

Lo que uno siente en ese momento está muy lejos de la diáfanidad política. Es una mezcla de furia y piedad, de intimidad entre el autor y sus personajes, tan diferentes y claramente diferenciados entre sí. Algo como un fuego frío. Y uno escribe. No como quien lucha por la paz, sino como quien busca dársela a sus lectores y compartirla con ellos, por la vigencia de un principio moral simple: comprenderlo todo, perdonar algo y no olvidar nada. El poeta Natan Zaj lo ha dicho en un poema:

*Este poema es un poema sobre la gente:
sobre lo que piensa y lo que desea,
y lo que piensa que desea.*

*Fuera de eso no hay muchas cosas en el mundo
dignas de nuestro interés...*

Y bien, yo escribo sobre la gente, sobre lo que piensa y desea, y sobre lo que piensa que desea. Y fuera de eso existe también el coro primigenio, cuyas voces son la muerte y el deseo, la soledad y el sonambulismo, el orgullo y la vacuidad, el sueño y la alucinación. Y están los ríos torrentosos y las montañas silentes. Y está, por supuesto, el idioma en sí y para sí, el más peligroso de los instrumentos musicales,

Y, finalmente, están esos hermanos siameses de tiempos remotos, furiosos y amargados, el bien y el mal, deambulando entre la vida y los libros, yendo y viniendo entre la realidad y la imaginación, inseparables e insatisfechos para siempre. Y se burlan de uno enarbolando un dedo desafiante, huesudo y contrahecho, haciéndole desear haber sido músico. Pero no. Uno está encadenado a las palabras. Al menos en su propio idioma.

Traducción: Orna Stoliar



Discurso de recepción del Premio Israel 1992*

Emile Habiby

Excelentísimo Señor Presidente Haim Herzog; Sr. Ministro de Educación y Cultura, Zevulun Hammer; Sr. Alcalde de Jerusalem, Teddy Kolek; Colegas, amigos y estimado público:

CUANDO la paloma retornó al Arca de Noé "Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo tomada en su pico", fue evidente para nuestro padre Noé que "las aguas se jugaron de sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca,

y miró y he aquí que la faz de la tierra estaba enjuta".

He solicitado ejercer el derecho a la palabra, de esta manera excepcional, con el fin de expresar mi fe en la capacidad de todos aquellos que en este país se preocupan por la sobrevivencia e invitarlos a ver, en el Premio de

Literatura que me ha sido conferido, la hoja verde de olivo en el pico de la paloma. Aun nosotros debemos tener paciencia. Y si no será suficiente esperar "otros siete días", entonces esperaremos siete meses y no observaremos duelo una semana por la muerte de nuestros sueños. ¡Porque he aquí que la paloma ya ha retornado con una hoja de olivo verde en su pico!

Nosotros sabemos que es necesario armarnos de pa-

ciencia porque las aguas del diluvio no se retirarán instantáneamente de sobre la tierra. Puesto que sobre la faz de la tierra hay altas montañas así como pantanos. Y no en vano el relato del Génesis dice: "Y reposó el Arca... sobre los montes de Ararat". Y si yo sobrevivo a las inundaciones, propondré un premio de literatura conjunto palestino-israelí que será denominado "Premio Ararat". Y cada uno de nosotros comprenderá por qué.

** Nota del Editor: A último momento no le fue permitido a Emile Habiby leer este discurso. El Jurado confirió el Premio Israel a Emile Habiby subrayando "su gran contribución a la literatura árabe en Israel por la especial síntesis de la tradición clásica de la literatura islámica con elementos de la modernidad", destacando la preocupación del autor por los problemas presentes y futuros de su pueblo.*

Premio Israel 1992

Pero, mientras tanto, nuestro deber es desecar las ciénagas. Difícil es soportar una situación en la que se distingue con un premio de literatura a un ciudadano árabe del Estado de Israel y, al mismo tiempo, se procesa a un colega, poeta árabe también ciudadano del estado, por uno de sus poemas. Todos nosotros nos encontramos en una misma barca, navegamos en el mismo arca de Noé. ¿Acaso nuestro padre Noé hubiera autorizado a uno de sus hijos a barrenar un surco sólo para sí, en el fondo del arca, argumentado que es soberano de hacer lo que le plazca en su rincón del arca? Cada uno de nosotros, escritores, somos conscientes de los límites de las musas en tiempo de guerras. Pero no callamos ni tampoco permitimos a nadie que nos haga callar. Y al mismo tiempo, nosotros tenemos qué proponer. Proponemos promover todo lo que es valioso y de nivel en nuestra herencia cultural. No nos interesa la cuestión de quién entre los po-

líticos en litigio sacará provecho de ello. Por el contrario, dejémoslos competir entre ellos en realizaciones culturales: la apertura de la Universidad de Bir Zeit es un acontecimiento cultural mayor que su clausura. La liberación del pacifista Aby Natan es un acto cultural mejor que su prisión. Otorgar un premio a un escritor árabe ciudadano del Estado de Israel, aun si ello ocurre por primera vez en dos mil años, indudablemente es un logro cultural y constituye también un acto más eficaz para la causa de la comprensión recíproca y de la seguridad que ciertos gritos escuchados por televisión de "muerte a los árabes".

Háblennos en el lenguaje de los premios de creación literaria, y entonces tendrán la certeza de que, sólo en este lenguaje, uno comprenderá mejor al otro. Y quizá, algún día, cuando las delegaciones israelíes y palestinas regresen a sus hogares, los niños palestinos arrojarán, en lugar de piedras, ramas de olivo a los niños is-

raelíes y a los soldados, y estos no responderán con balas.

Yo recibo el Premio de Literatura del Estado de Israel en nombre de todos los hombres de buena voluntad de nuestro país, árabes y judíos, en nombre de todos aquellos para quienes resulta un hecho definitivo el fracaso total de las soluciones tendientes a eliminar la voluntad de los pueblos, en una época en que hasta los escoceses reclaman su independencia.

Yo recibo el Premio de Literatura del Estado de Israel en nombre de mis colegas, los creadores y artistas que ven en este premio también un foro adicional para dimensionar sus aportes al presente proceso de paz. Y si algunos de ellos aún no vislumbran signos que testimonian la voluntad verdadera por una solución pacífica, les pedimos que vean en este premio —aunque sea por la inocencia que caracteriza a los creadores literarios— la golondrina que anuncia la llegada de la primavera.

Dado que los más cercanos de la familia son los que deben dar el ejemplo primero (según el adagio árabe: "La caridad comienza por casa"), he aquí que yo acepto el premio en nombre de los ciudadanos árabes de Israel y para ellos, por derecho propio y no como una gracia. Ellos ven en esta distinción un honroso ámbito adicional que podrá servir a sus aspiraciones de aclarar a todos los involucrados, que también ellos permanecerán en este país para siempre, porque ellos también ven a este país como su única patria, y ninguna otra fuera de ella.

Permítame, Excelentísimo Sr. Presidente de Israel, finalizar mis palabras recordando el pedido que me hiciera un intelectual judío israelí para que acepte este honroso premio: "Por tu pueblo y por el mío —me dijo— acéptalo".

Es un gran honor para mí satisfacer ese pedido.

Jerusalem,

7 de mayo de 1992



Dios se apiada de los niños del jardín de infantes

*Dios se apiada de los niños del jardín de infantes,
menos aún, de los niños de la escuela.
Y de los mayores ya no se compadece,
los deja solos,
y muchas veces tendrán que arrastrarse
sobre la arena quemante
para llegar al puesto de auxilio
chorreando sangre.*

*Quizás sobre los que aman de verdad,
vierta piedad, nobleza y sombra,
como el árbol sobre quien duerme en el banco
del boulevard público.*

*Quizás también podamos sacar para ellos
las últimas monedas de piedad
que heredamos de mamá,
para que sus dichas nos defiendan
ahora y en otros días.*

Traducción del hebreo: Víctor Isidoro Pomerantz

Prestigioso poeta israelí, nacido en Alemania en 1924. Ha publicado cerca de dos decenas de poemarios, una novela y cuentos cortos. Su obra ha sido traducida a veinte idiomas, incluida una antología en español. En 1982 obtuvo el Premio Israel de Literatura.



Yehuda Amijai



Herencia

*El carnero llegó último.
Y no supo Abraham que éste
respondía la pregunta del niño,
su fuerza prístina ante su día menguante.*

*El viejo alzó la cabeza.
Al ver que no era un sueño
y ante el ángel presente,
dejó caer el cuchillo de su mano.*

*El niño, liberado de sus ligaduras
vio la espalda del padre.*

*Isaac, según el relato, no fue sacrificado,
conoció muchas venturas, hasta que se opacó la luz de sus ojos.*

*Pero legó a sus vástagos aquel instante.
Nacen
con un cuchillo en el corazón.*

Nació en Tel Aviv en 1923. Ha publicado once libros de poemas, y fue galardonado en 1988 con el Premio Israel de Poesía. En 1990 apareció en España una antología de su poesía, Flores de fuegos, Años de fuego. La poesía de Jaim Guri, preparada por M. E. Varela y A. Schiller.

Jaim Guri



Otro poema sobre Absalón

Astuto como mujer bello como serpiente tímido como ídolo
siempre entre sus amigos, caballos y oro,
y ahora, decid, ¿dónde la astucia de sus mujeres,
la belleza de sus serpientes, su ídolo vergonzoso,
dónde sus sueños de realeza?
Un árbol en el bosque, eso es todo lo que queda de Absalón
y el llanto de su padre, viejo, amador, hombre de batallas.
Hasta su auriga se aparta de él para llorar;
¡quebrar así las espaldas de un padre,
burlarse de la muerte, de todo!
Absalón hijo mío hijo mío Absalón
no pudiste esperar,
niño malcriado, que envejeciera
y la corona cayese de mi cabeza agónica. ¿Y tus rizos, qué fue de tus rizos?
¿No sabías qué peligro acecha en semejantes rizos?

¿Y por qué justamente en el camino del bosque
olvidaste lo que ocurrió con Jonatán?
¿No conoces las encinas?
Tu padre amaba en ti todo lo que él no era,
mirad cómo tiembla el varón, ¿por qué
crees que no te dio el reino?
¿por el bien del pueblo? ¿Por tu edad?
Si hubiésemos podido hablar con calma
habrías comprendido que ya no soy aquel David,
pesar de tu madre, sino sólo un rey cargado en años
que marcha sin alegría hacia la muerte
y que aún concibió una última intriga,
salvar por lo menos a uno de sus hijos
de la corona, de las guerras.
Te quise sólo a ti, tonto, Absalón.

Nació en Ucrania en 1923 y llegó a Israel a los dos años. Fue uno de los fundadores del kibutz Sarid, donde reside. Ha publicado numerosos volúmenes de poesía, y literatura para niños y adolescentes.

Natan Ionatan

Tras cien años en la tierra

*Dos fenómenos intrigaron a los pioneros en la tierra de Israel
al pasar junto a aldeas árabes, Beideg'en por ejemplo,
camino a sus colonias:*

*Veían las hileras de cactus y se preguntaban
cómo en el ardor del verano, cuando todo verdor
ha perecido sobre la tierra, las corolas
de los **sabras** todavía están henchidas de agua, como
camellos
aunados con el desierto.*

*(Tras cien años de labranza en la tierra de Israel
la mayoría de los cactus han sido arrasados, y en su lugar
los edificios parpadean al sol).*

Pero los caracoles quedaron tal cual eran.

*Los caracoles se adhieren todo el verano
a los tallos de los espinos,*

*como multitud de pequeñas **keffias**.*

¿Qué esperan? Es sabido.

*Esperan la lluvia que ablandará
la tierra en el invierno, atacada de pronto
por una extraña dureza.*

*¿Pero por qué se adhieren precisamente a tallos muertos
donde no queda ni sombra de agua,
y cuánto podrán vivir en tal sequedad,
y cómo perciben el retorno del agua
que sacia la tierra, y cómo se reproducen
en la desolación, tanto que en el otoño
cubren todos los cardos y las zarzas, dondequiera
que no haya pasado la rueda del tractor o su pala?*

*Tras cien años de labranza en la tierra de Israel
yo, al menos, no lo sé.*

Nació en Tel Aviv en 1929. Combatió en la Guerra de la Independencia de Israel. Comenzó a publicar en 1963, y desde entonces han aparecido ocho colecciones de sus poemas.

Arieh Sivan

Arrepentimiento

Cuando me dijeron que me arrepienta
ya no pude arrepentirme.
Fui demasiado lejos, me dije,
les dije a ellos, para arrepentirme.

No puedo volver, dijo el muerto.
Los gusanos no dejan que me arrepienta
y el olor de la tierra me llega a la s narices.

Todo lo que está vivo vive, dijo el vivo,
pero, hermanos vivos, no temáis al muerto.
El nunca, nunca en la vida
podrá arrepentirse.

de **Poemas dicersos**. Traducción del hebreo: lehuda Ofer

Poema para Guni

El único poema hallado entre las pertenencias de Guni
(el mayor Guni Harnik, comandante de la unidad
de exploradores de la brigada Golani, muerto en la batalla
del Beaufort) fue **Arrepentimiento** de Natán Zaj."

lediot Ajaronot, 8.6.83

No se qué es lo que te hizo llevar contigo
entre tus cosas precisamente el poema sobre el muerto
a quien los gusanos no dejan que se arrepienta:
una vitualla dudosa para el camino del cual no regresaste –
quizá como un amuleto, un talismán: mis palabras
en lugar de tu muerte, una expiación. Y tú a los 26, mi edad
cuando escribí el poema.

Buenas noches, dijo tu madre en su responso. Ningún gusano
podrá ya separarte del buenas noches
de tu madre, ni siquiera la mala noche.
De ti y de tus camaradas yo aprendo el valor
que me faltó a vuestra edad:
que soy ahora discípulo de ustedes,
que soy ahora discípulo tuyo,
que has llevado mi poema a la guerra,
yo reúno hacia mí tu muerte.
Trataré de merecerla.

De **Difícil de recordar**, traducción del hebreo: lehuda Ofer

Complicaciones post-operatorias después de una operación de extirpación de la memoria

*En el diccionario de los sueños
gitano y arcaico,
hay muchos significados para mi nombre,
y más aún para lo que voy a escribir.*

*Me invade un miedo tremendo
cuando, hojeando, me encuentro a mí mismo
en ese tipo de diccionarios.
Allí soy un camello que huye del matadero
en dirección a Oriente,
y atrás cuchillos que reclaman deudas
y mujeres que agitan
instrumentos domésticos y palos.*

*No creo ser pesimista
Y seguro que no sufro de ningún trauma
gitano y arcaico,
pero cuando oigo la radio*

*a mitad del día
me siento como aquel que aspira sus propios pulmones
una lepra tradicional e histórica...*

*...Yo siento los vínculos del lenguaje
desintegrándose entre mis quijadas y mis muslos;
y entonces dejo de cumplir con los preceptos
que se relacionan con ladrar y crujiir de dientes.*

*Sí, lo reconozco,
descuidé los ejercicios
recomendados para después de la extirpación de la memoria,
y hasta olvidé
cómo debo caer
cuando me agobia la fatiga.*

Trad. de Ariel Schiller

Nació en 1924, aldea cerca de Nazaret, donde reside. Poemas: El Cuarto Poema (1980), Refirse de los asesinados (1986).

Taher Muhammad Ali



Cruce de caminos

Los caminos que se encuentran en el cruce
son a la vez caminos que se alejan de él.
Entre un encuentro y una separación
te veo a ti tendida
como una lágrima sobre una sonrisa
en el rostro que pasa por mi rostro.
¿Y por qué reclamas como por descreído
no mi mano,
para alzar una bandera blanca
o acaso sólo un pañuelo?

¿De dónde vengo yo
hacia ti?
Aun antes de poder cubrir mi desnudez abandonada
para otra,
como aquellas que quedaron dispersas
en todos los cruces por los que pasó mi vida,
alguna vez en hebreo,
alguna vez en árabe...

Y todos los que pasan
en vano tratarán de corregir
según todas las reglas de la Academia
de las Lenguas...

Nació en 1950, en la aldea drusa Maghar en Galilea. Poemarios en árabe: Regresé a la aldea (1986); Huestes del agua (1988); Tal vez eso es amor (1989). **Los poemas traducidos al español son de su último libro, En cinco dimensiones (1991). Enseña literatura general y hebrea en la Universidad de Haifa. Se doctoró con una tesis sobre la poesía de Uri Tzvi Grinberg. El texto Yo soy un levantino fue traducido por Esther Seligson del libro en francés Je trente-deuxième rêve (Levant, 1990).**

Muchos nombres tiene la tierra

Muchos nombres le pusieron a la tierra
y todos sabe ella tomarlos.
Conozco nombres para aquella parcela de terreno
en donde yo vivo y donde yo muero,
pero esta no es toda la verdad.

Porque también respiro aire de patria
y de él nace en mí su vástago,
aquel que se niega a dejarme
y aquel que se rompe dentro de mí.
Aquel con quien vivo
y aquel a quien le hablo
en todas las lenguas que entiende.
Eso es lo más feo que tiene
y eso —créanme— es gratuito.

Mientras tanto sólo escribo en dos
de derecha a izquierda
y de izquierda a derecha
cuando la derecha está a la izquierda
y la izquierda a la derecha.
A eso se le llama Estado.

Trad. de Ariel Schiller

Naïm Araydi

Yo soy un levantino

Naïm Araydi

NACI en 1950, dos años después de la creación del Estado de Israel. El pueblo donde nací es un viejo pueblo árabe anidado arriba de la gran vía que une a la Alta Galilea con la Galilea Inferior y cuyos habitantes pertenecen a tres religiones diferentes: drusos, cristianos y musulmanes.

Recuerdo que, de niño, en la escuela primaria del pueblo, el profesor pidió un día a los alumnos cristianos pasar al salón de clase adjunto para la lección de catecismo, mientras que a los alumnos musulmanes se les invitaba a permanecer en el lugar para el curso de instrucción islámica. En cuanto a los drusos, dijo, estaban en libertad de regresar a sus casas. Más tarde aprendí que la religión drusa es secreta y que no se la enseña en la escuela. Pero en ese momento me pre-

cipité a casa y le pregunté a mi madre: “Madre, ¿qué somos? ¿Cristianos o musulmanes?”. Mi madre respondió riendo: “Ni lo uno ni lo otro. Somos Drusos”.

Así es como tomé conciencia, por vez primera, de la existencia de las diversas religiones que me rodeaban y de una diferencia de la cual no éramos responsables ni los niños de la escuela ni los del pueblo.

La religión drusa, vieja de un solo milenio, está impregnado de las tres grandes religiones. Contrariamente a quienes ven en ella una secta o quizá un movimiento teosófico dirigido a unificar las religiones monoteístas bajo un mismo techo, la religión drusa es una religión completamente aparte, con un dios único y sus profetas. La pertenencia a esta fe me ha permitido sin duda vivir en armonía con las religiones y las culturas que cons-

tituyen mi medio ambiente. Es quizá porque trataron de realizar lo imposible que los Drusos son una pequeña minoría en lucha desde hace mil años por su sobrevivencia física y espiritual. Desde siempre los Drusos han provocado sospechas. Sin embargo, quien los ha conocido y visto vivir de cerca, sabe amarlos por sus cualidades humanas y morales, su generosidad y lealtad.

La religión drusa está fundada en la creencia en la reencarnación. Pero importa subrayar que difiere de las creencias similares de los antiguos egipcios y de los hindúes. Quien muere aquí renace en otra parte. Su alma se reencarna en un nuevo cuerpo; y el cuerpo no es sino el vestido del alma. Este principio explica las aparentes contradicciones de la fe drusa. Si creen particularmente en Jetro, cuya existencia es anterior a su propio surgimiento histórico en tanto pueblo hace mil años, es porque los Drusos creen haber sido desde siempre monoteístas y que sus almas se han reencarnado de generación en generación. Es esto lo que permite comprender el que hayan sido influidos por las tres grandes religiones –judaísmo, cristianismo e islam– e igualmente por la filosofía griega que los incitó, entre otras cosas, a suprimir el aspecto ritual, litúrgico de las

Naïm Araydi

religiones. De manera inversa, es también la razón principal, quizá, por la que los fundadores de la fe drusa no consiguieron unificar las religiones.

Hoy en día creo comprender el error y el fracaso de esa tentativa. El problema no es un problema de substancia, sino de estructura y de estilo, y aquí es donde da comienzo mi levantimismo.

A los trece años mis padres me enviaron a estudiar a la gran ciudad a un liceo hebreo. Hasta esa edad mi lengua materna y mi cultura habían sido árabe y oriental. Las dos características son el tiempo y la estructura. El tiempo, es el flujo de la vida; la estructura, el comportamiento. Del punto de vista del tiempo, el calor progresivo del sol desértico no es quizás ajeno a la extrema lentitud de su flujo. El tiempo no tiene una importancia primordial. Lo que hoy no se hace siempre puede hacerse mañana. Este tipo de comportamiento no ha dejado de divertir a ciertos humoristas árabes. "¿De cuál mes del Ramadán hablas? ¿Del que viene en el invierno o en el verano?". Es así como el tiempo define la estructura, es decir el comportamiento. El resultado de éste es la falta de orden, lo imprevisto, y esa carencia de estructura profunda que parece a veces característica de la cultura oriental. ¿Le otorga, de hecho, importancia a la estructura? Al ser

la substancia lo esencial, se trata de una cultura que generalmente propone sólo dos preguntas fundamentales: ¿qué? y ¿quién? Por el contrario, la cultura estructurada pregunta ¿por qué? y ¿cómo?

En el liceo hebreo, fue otra la cultura que me inculcaron. Pues la cultura israelí dominante, desde la creación del Estado, era judía de orientación europea, es decir una cultura estructurada. El tiempo, en términos bergsonianos, es un flujo natural continuo, mientras que la estructura está definida por el hombre con el fin de delimitar los dominios: ese acto que se llama el estilo. Y ese estilo es la definición de las estructuras en profundidad. Así es como la cultura de los hombres puede controlar la continuidad de la vida en la naturaleza, y es así como transforma el tiempo en corazón, y el flujo en el latir regular de ese corazón.

La historia nos enseña que la diferencia principal entre las culturas reside en el estilo. Jesús, al descender del cielo a la tierra, definió el flujo del tiempo de los hombres. Al retornar al cielo, les legó las reglas del comportamiento humano. Mahoma fijó las reglas del comportamiento desde su estancia en la tierra. Al elevarse a los cielos puso en las manos de Dios el destino del hombre. Desde el principio, la cultura judía no distinguió entre el cielo y la

tierra. El reino está constituido por dos elementos. El hombre tiene la posibilidad de estar en contacto perpetuo con su dios, e incluso de estar en desacuerdo con él. En la Biblia —el Libro de los Libros— ninguna idealización: todos los fenómenos humanos, incluidos los conflictos, están consignados de modo que es posible comprender la relativa facilidad que tuvo la cultura judía para atravesar por todas las renovaciones culturales de la humanidad hasta hoy en día, y para mezclar las dos vertientes —oriental y occidental— de su historia. A este respecto creo haber tenido éxito ahí donde la religión drusa fracasó hace mil años. Por temor a que las preguntas del "qué" y del "quién" no transformaran mi vida en substancia informe, y que las del "por qué" y el "cómo" vaciaran a su vez a esa forma de toda substancia, reuní, por intermedio de la cultura israelí, las otras dos culturas.

Pero mi temor inicial sigue siendo el mismo que el del poeta y médico Shaul Tchernikowsky. Los poetas dijeron de él: es un buen médico. Y los médicos: es un buen poeta. ¿Los israelíes dirán de mí, es un buen poeta árabe; y los árabes, es un buen poeta israelí?

Para vencer este temor trato de ser muy optimista. Eso es quizá lo que constituye mi levantimismo. 

Lecturas de versículos de amor

(fragmentos)

Entre las voces de los caídos escuché mi nombre
 y vi tus cinco dedos
 que se alzaban entre olas de mujeres prisioneras.
 Te bendicen las más puras mezquitas
 Y en altares de iglesias perfumaron cruces con incienso y
 mirra;
 y dentro de mi alma habitaron águila y jilguero,
 y la paloma le dio su mano a la serpiente
 para soltar la presa.
 Por mi amor de ti.

Por mi amor de ti
 dijo la aurora: –Buenas noches.
 Y la tarde dijo: –Descansada mañana.
 Y por amor se elevarán hasta los cimientos.

Mujer mía, deseo de mi corazón,
 hay en nosotros una enorme riqueza de amor:
 ¡repartámosla entre los pobres de la tierra!
 Palabras de un amor vivo.¹

Nació en 1940, en la aldea Rama en la Galilea. Sus poemarios en árabe más conocidos: El desierto; Elegías; Persona non grata; No pido permiso a nadie y De las direcciones del espíritu (libro del cual fueron extraídos los poemas traducidos).

¹ Las terminaciones de los dos poemas son una paráfrasis de una sura coránica; el fiel al terminar la lectura debe decir: "Palabra de Alá vivo" (N. del T.).



VI

*Estaré y no estaré en el mundo;
por eso no pienses en él
y no esperes.
Aquí me estoy meciendo al borde de la locura.
Estaré y no estaré en el mundo..
¡Ay, flor entre las flores
y princesa de los olivares!*

VII

*Imaginan los que cue
que eres, amada mía, una virgen del mar,
y tu padre es del Eufrates,
y tu madre, así se piensa,
de la propia vida.*

VIII

*No podrá el invasor con nuestro pueblo
sólo por mi amor a ti.
No domesticará el conquistador a nuestra patria
sólo por mi amor a ti.*

IX

*Así, simplemente así:
tu mano en mi cintura y mi brazo sobre tu hombro,
así floreceremos aún en el infierno.
Dibujaremos para nuestros niños
el Paraíso en un papel,
y mientras tanto madura el fruto de tu vientre
y la partera se prepara
para el llanto del que va a nacer.*

X

*Enséñame cómo debo verte
si aún estás en mi cuerpo.
Enséñame cómo debo abrazarte
cuando aún estoy en tu cuerpo,
cómo debo transportarte a la alegría
tú, borracha de tristeza. La paz sea contigo.
Tómame la mano que fluye como un río.
Son palabras de amor vivo.*

Traducción: Ariel Schiller

Samih El Qasim



LOS participantes de este Congreso de Escritores me han elegido para decir unas palabras en nombre de todos. Nos hemos reunido para evocar a Sefarad. La gloria que evocamos y extrañamos de esa tierra es la armonía que se produjo en el desarrollo de tres culturas.

Sesionamos autores de diversos países, religiones, ideologías, tradiciones. Hemos intercambiado productos literarios, opiniones y experiencias. Ahora nos encontramos con ustedes, lo más granado de las letras árabes de Israel, en esta antigua ciudad que los cruzados llamaban San Juan de Acre, sitio donde desembarcaron guerreros, santos y hasta sabios.

Para darle autenticidad a mis palabras –como ustedes merecen– me veo compelido

Salutación improvisada ante escritores árabes y drusos de Israel

Marcos Aguinis

a efectuar referencias personales. De lo contrario quedaré limitado a los lugares comunes y oportunistas.

Soy argentino. En la Argentina conviven ciudadanos de

múltiple procedencia. Bregamos por una sociedad pluralista, aunque el camino esté dificultado por quienes se horrorizan ante la diferencia. Dos colectividades muy im-

portantes son, precisamente, la árabe y la judía, aunque se la llame turca a la primera y rusa a la segunda –el dato les hace sonreír; pero vale como enseñanza: ni siquiera las etiquetas nacionales son absolutas.

Los árabes conforman una minoría en Israel. Yo simpatizo con las minorías. Seguramente nace mi sentimiento de la experiencia milenaria de minoría que anida en el alma de todo judío. También he heredado una fuerte sensibilidad contra la discriminación y la injusticia.

Por eso no es incomprensible que hace muchos años, cuando aún el conflicto palestino-israelí no había alcanzado la actual definición, escribí una novela metiéndome en la piel de un palestino. Jamás había visto siquiera a uno. Mi imaginación tuvo que suplir

Argentino. Entre sus numerosos libros de ensayos, cuentos y novelas figuran *La cruz invertida* (Premio Planeta 1970); *Cantata de los diablos*; *Operación siesta*; *Profanación del amor*; *Argentina, país de novela*; *Memorias de una siembra*, y, en 1991, *La gesta del marrano*. Ocupó la *Secretaría de Cultura de la Nación* en 1984-1985, y presidió el *Programa Nacional de Democratización de la Cultura*.

Marcos Aguinis

una carencia enorme. El título de la obra es *Refugiados. Crónica de un palestino*. La empecé a redactar antes de la Guerra de los Seis Días y la trama se desarrolla, por esa razón, en un territorio distante, en el que era posible un "encuentro" árabe-israelí. Los protagonistas son todos refugiados palestinos, refugiados judíos, refugiados alemanes. Son víctimas que se miran y trata con recelo, mientras se produce un lento y doloroso avance hacia la recíproca aceptación del otro, la humana visión del otro. Comprenden que los une algo más fuerte que la enemistad y el resentimiento: el dolor y las pérdidas. Reconociéndose no claudican ni se desintegran.

En esa novela planteo los sorprendentes fragmentos especulares que se han dibujado entre palestinos e israelíes. Si bien el padecimiento

judío es milenario y el palestino muchísimo más breve, éste último emerge como una especie de compendio ante el cual un judío con memoria no puede dejar de sentir conmoción. Esa novela fue una de las primeras –si no la primera– en aceptar desde el lado judío la perplejidad y el dolor y el derecho de los palestinos, así como del lado palestino reconocer la legitimidad de Israel. Moshe Wainstein –que ahora me traduce– escribió un importante comentario sobre el libro y Leonardo Senkman lo analizó con aguda perspicacia en su obra *La identidad judía en la literatura argentina*.

Creo que vale la pena señalar en esta ocasión que aquí, en Israel, se han invertido los roles: los judíos, entrenados durante centurias a ser la minoría, de pronto son la mayoría absoluta. Sus ex-

periencias, sin embargo, están sobrecargadas de opresión y desvalimiento. Israel mismo sigue siendo una nación discriminada y amenazada. En el Acta de la Independencia (año 1948), los fundadores del Estado tuvieron especialmente en cuenta los derechos de los "otros", los árabes, como correspondía a buenos judíos. Pero en la práctica se produjo un desborde. Desde la vieja y arraigada visión, el judío suponía que "no hará el otro lo que no quiere se le haga a él" según prescribía el venerado Hillel. Era una visión omnipotente y supratemporal. Porque convertidos en mayoría, resulta que los judíos no son más ingeniosos ni preclaros que otros pueblos sometidos a iguales problemas. No generan recursos sociales o políticos que no sean los gastados en tantos otros lugares y

tantas otras naciones. Los judíos, para desgracia de ellos y quienes les rodean, no pueden inventar soluciones maravillosas que satisfagan a todos. Al ataque responden con el ataque, a la asfixia con la asfixia.

En éste sentido, entonces, sugiero que así como todo israelí debe seguir esforzándose por mejorar sus vínculos con sus vecinos históricos y naturales, así los árabes de Israel, como minoría de un Estado cuya sola existencia es la suparación a una injusticia milenaria, ayuden a la mayoría (que no es omnipotente) para encontrar el mejor camino. No el mágico –inexistente–, sí el posible, el recíprocamente menos gravoso.

Muchas gracias por depa-
rarnos la inolvidable oportunidad de conocerlos personalmente y compartir esta mesa fraterna.

